

...en donde Astro y Luna visitan el laboratorio de Marty

Marty abrió la puerta, y Astro y Luna vieron una imagen realmente sorprendente: la habitación de Marty estaba llena de diferentes instrumentos, entre ellos un microscopio, frascos, unas extrañas máquinas con bobinas magnéticas, cables y microcircuitos. Los altavoces de música estaban al lado de una enorme nevera con puerta transparente, en la que había tarros de distintos colores, formas y tamaños con diferentes sustancias: una masa gelatinosa verde, un líquido azul y una especie de crema morada.



— ¡Vaya! ¡Guau! —Luna exclamó—. Es un verdadero laboratorio.

— ¡Esto está genial! —se maravilló Astro.

— Por desgracia, aquí no tengo mucho espacio y está todo lleno de trastos, pero ya se nos ocurrirá algo —Marty agarró con sus manitas la enorme caja que estaba en una butaca cerca de la mesa, la retiró y la puso en el suelo—. Ya está, ahora podéis sentaros en la butaca y en esta caja.

— ¿Qué es? —preguntó Astro, señalando la caja de metal.

— ¿Qué? ¡Ah, esto! Esto es un convertidor sincrofásotrónico, un modelo obsoleto.

— ¿No lo vamos a estropear? —preguntó Luna con cautela.

— No, no, en absoluto —contestó Marty—. Necesito cambiarle algunas piezas, así que lo volveré a construir.

Astro se sentó sobre la misteriosa caja metálica y el convertidor sincrofásotrónico no emitió ningún sonido. Luna, en cambio, prefirió una butaca más tradicional y cómoda, pero ésta tampoco estaba libre de sorpresas.

— Cuidado —advirtió Marty—, hay un botón en el reposabrazos derecho que activa el modo de levitación.

— Oh —Luna apartó rápidamente su pata, que estaba a una fracción de segundo de colocarse sobre el reposabrazos derecho.

— ¿Tienes incluso una butaca que vuela?

— Sí. Después de leer la descripción de cómo funciona una butaca voladora en la revista «Constructores del universo», decidí montar una por diversión. Funciona mediante un cojín magnético. El botón activa un campo magnético y la butaca se eleva sobre el suelo.

Astro y Luna asentían mientras escuchaban a Marty, aunque parecían bastante aturridos.

— ¡Disculpadme otra vez por llenaros la cabeza de tecnicismos! —finalmente, Marty entró en razón—. ¿Dónde está la olla? Traedla aquí.

— Aquí está —Astro sacó la olla de su bolsa y se la tendió a su nuevo amigo.

— ¡Vaya, vaya! —el ojo de Marty se transformó en un pequeño telescopio—. Lo primero que hay que hacer es tomar una muestra del material.





En ese mismo instante, un cuchillo microscópico se extendió desde uno de sus brazos. Con él raspó un poco de arcilla de la superficie de la olla depositando los restos sobre una placa transparente. Se formó una pequeña montaña de polvo de arcilla. A continuación, Marty volvió a colocar la olla en su sitio y comenzó a estudiar el contenido de la muestra con el microscopio. Seguidamente, utilizó algunos productos químicos para realizar varios experimentos con la superficie de la olla. Con unas pinzas microscópicas, que también salían de su brazo metálico, Marty recogió las partículas de arcilla, las sumergió en distintos productos y volvió a examinarlos con el microscopio. Astro y Luna observaron atentamente el experimento.

Apenas habían transcurrido diez minutos cuando Marty se volvió hacia sus nuevos amigos y concluyó:

- Definitivamente, la olla está hecha de arcilla.
- ¿Eso es todo? —preguntó Luna con frustración.
- ¿No has descubierto nada más con tus experimentos? —preguntó Astro.

— ¡Claro que sí! —Marty levantó el dedo solemnemente—. Las propiedades de la arcilla indican la presencia de una alta cantidad de materia orgánica en ella. Todavía no podemos asegurarlo, pero tal vez esta olla sea un organismo vivo. Imaginad, amigos, que esta humilde olla puede ser la prueba de la existencia de una gran civilización



cósmica de ollas de arcilla que se remonta al mismísimo Big Bang.

— ¿Y qué pasaría si usáramos un conjuro de reanimación para esta olla? —sugirió Luna.

— ¿Y si este objeto, como dice Marty, ya está vivo? Tal vez pueda vernos y oírnos e incluso hablarnos, solo que no entendemos su lenguaje —dijo Astro.

— Es una idea interesante, amigos. Así que os aconsejo que esperéis. Tal vez el sujeto se comunique con nosotros por sí mismo. Mientras tanto, haré una petición a los archivos intergalácticos de todas las razas y planetas para ver si saben algo de la civilización de las ollas.

— ¡Es una buena idea! Mientras tanto, nos ocuparemos de la desaparición del estudiante —decidió Astro.

— Sí, probablemente sea lo mejor —dijo Luna—. Espero que puedas averiguar algo.

